

El negro y la igualdad mediática

Armando Añel
Escritor y Periodista

Algunos de los más íntimos resortes de la revolución cubana son mediáticos, esto es, reaccionan en función de una estrategia propagandística fundamentalmente escenificada en los medios de difusión masiva. Desde su arribo al poder en enero de 1959 –podría decirse que incluso antes–, el castrismo se rodeó de una aureola mediática sustentada no sólo en la imagen vanguardista de sus principales representantes (el pelo largo, la barba crecida, el desparpajo del lenguaje, las poses, los amuletos...), sino en su discurso. Un discurso que obtendría sus mayores réditos en la promesa igualitaria: Educación para todos. Medicina para todos. Deporte para todos. En este contexto, la promesa de que la discriminación racial sería barrida del mapa republicano jugaba un papel fundamental.

Aunque curiosamente la revolución contra la dictadura batistiana no careció de componentes racistas –amplios segmentos de la burguesía blanca apoyaron al castrismo frente a lo que consideraban la injerencia negra en los asuntos de Estado representada por el mulato Fulgencio Batista–, el régimen triunfante se vendió a sí mismo como una suerte de

valedor o promotor de la igualdad racial en Cuba. Desde el ascenso al parnaso totalitario de Nicolás Guillén –el poeta negro reconvertido en Poeta Nacional– hasta la promoción mediática de figuras nacionales e internacionales de raza negra, eran varios los signos que coqueteaban con la imagen de una Cuba finalmente resuelta por la razón social del mestizaje. Parecía que el proyecto de homogeneización racial del castrismo, paralelo y/o adscrito a su proyecto de homogeneización social, iba en serio, aguijoneado por la salida del país de las clases medias y profesionales –mayoritariamente blancas– y el gradual envejecimiento de los líderes históricos de la revolución, predominantemente blancos. Y sin embargo, la puesta en escena de la igualdad racial no conseguiría salir en la foto más allá de unos cuantos escarceos sucedáneos, en los que el negro no acababa de aparecer en primer plano.

En torno a la estadística

El hecho de que la revolución cubana identificara como una de sus conquistas sociales fundamentales la de la igualdad racial, más el crecimiento estadístico de las

poblaciones negra y mestiza en los últimos cincuenta años (poblaciones que dada su homogeneidad genérica aparecen homologadas en este artículo), hacen inaceptable su exigua representatividad en aquellos ámbitos donde se decide o escenifica el proyecto nacional. Para entender en toda su dimensión el drama negro en la Cuba de hoy, teniendo en cuenta, sobre todo, las expectativas levantadas décadas atrás por el régimen en el poder, hay que acudir a datos no siempre contrastables, pero indudablemente coincidentes en lo que se refiere al crecimiento poblacional de mestizos y negros en los últimos tiempos.

Varios estudios, basados en el Censo de Población y Vivienda de 1981, coinciden en afirmar que la población blanca cubana ronda el 60 por ciento o poco más del total, mientras que negros y mestizos alcanzan cerca del 40 por ciento. Sin embargo dichas cifras, aunque oficiales, no reflejan la realidad de la composición racial en la Isla. Primero, porque se trata de una estadística superada por el paso de un cuarto de siglo. Segundo, porque como señala Jesús Guanche en su ensayo *La cuestión racial en la Cuba actual. Algunas consideraciones*, “el instrumento de observación —la encuesta nacional— autolimitaba los índices a clasificaciones epite-
liales, así como la congruencia taxonómica de sus denominaciones (...), los entrevistados o aplicadores de la encuesta no tenían una preparación en antropología física como para discernir entre unos y otros fenotipos, y la clasificación del fenotipo dependía de la

autoimagen del entrevistado...”. En este sentido, es probable que en la composición racial de la Cuba contemporánea las poblaciones negra y mestiza ya constituyan mayoría.

Y aquí precisamente radica el problema. A diferencia de los Estados Unidos, donde la población negra no supera el 15 por ciento del total —ocupando, no obstante, importantes posiciones en los órdenes gubernamental y político—, en Cuba la cuantía de este segmento poblacional no se corresponde con su representatividad. Frente al discurso castrista de la igualdad de razas y el hecho incontrovertible de la creciente preponderancia



Foto © Lucas Garve

numérica del negro se alza la realidad de un país controlado por las élites blancas, las cuales aún disfrutaban de un protagonismo político, cultural y económico ni de lejos proporcional a su peso estadístico. Y todo ello mientras desde el poder se intenta echar tierra

sobre esta problemática, desvirtuándola o, más sencillamente, desconociéndola. Como observa Francisco León en su ensayo *Las relaciones raciales en Cuba, coincidencias y diferencias fineseculares*:

“En lo cultural, después de una breve campaña contra la discriminación racial, entró en vigencia la práctica de deslegitimar cualquier manifestación pública de la misma. Ello permitió eliminar las formas más evidentes de la discriminación, como la separación racial en muchas plazas públicas, pero a la larga favoreció más la represión que la superación de la cultura racista al dar por lograda definitivamente la igualdad y la equidad racial”.

La discriminación laboral

Como no podía ser de otra manera, la discriminación racial en Cuba también alcanza el terreno de las relaciones laborales. Si se observa que la población negra apenas recibe remesas del exterior, dichas relaciones adquieren adicional importancia en tanto soporte de un segmento poblacional que no cuenta con fuentes alternativas de financiamiento.

A principios de 2003, escribe la periodista independiente Claudia Márquez Linares, “los investigadores del Centro de Antropología, dependencia del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente, hacían hincapié en que después de 1959 se erradicó el racismo en las instituciones, aspecto que se contradice con el dato que el mismo centro ofrece en relación con el por ciento de negros que laboran en el sector turístico. Según el Centro de Antropología, el 80 por ciento del personal que trabaja en turismo es de raza blanca, y apenas el 5 por ciento, negro. A esto debe agregarse que más del 70 por ciento de la población penal es negra o

mestiza”. A propósito de dicho estudio, el corresponsal de la BBC en La Habana, Fernando Ravsberg, afirmaba en uno de sus reportajes que “los blancos son mayoritarios en las áreas más pujantes de la economía, mientras que la mayor parte de los negros son ubicados en empresas sin acceso a las divisas”, esto es, a la moneda dura indispensable para el sustento diario en la Isla.

Recuérdese que los empleos en el sector turístico son de los más codiciados en un país donde el acceso a la moneda extranjera garantiza una endeble —pero imprescindible— solvencia económica, y en el que la población, no importa si blanca o negra, es segregada a pesar de (o debido a) su condición autóctona.

Pero si en una nación como la cubana, supuestamente revolucionaria y crecientemente mestiza, la discriminación laboral de índole racial resulta inexcusable, la discriminación política y cultural ejercida sobre el negro roza el disparate. Y sin embargo, todo en la realidad de la Cuba actual contradice el discurso oficialista según el cual negros y blancos trenzan (o destrezan), mancomunadamente, el destino nacional.

Cultura, política y discriminación

En el campo de la alta política gubernamental la exigua representatividad negra es clamorosa. Exceptuando alguna que otra figura histórica como Juan Almeida, o de segundo orden como Esteban Lazo, la composición racial de las esferas de poder en la Isla, particularmente de las emergentes o juveniles —lo cual incluye a las más extremistas, conocidas popularmente como “talibanes” por su extremo conservadurismo—, es eminentemente blanca. Seguramente, ello no sólo está relacionado con el racismo puro y duro que pudiera ejercer la dirigencia blanca

desde sus atalayas “revolucionarias”, sino, a un nivel todavía más profundo —y cómo no, igualmente racista—, con la escasa presencia del negro en los centros de educación superior. Lo afirma el disidente socialdemócrata Manuel Cuesta Morúa en el segundo número de la revista *Consenso*:

“Sabemos muy bien que la presencia negra en los centros de alta cultura en Cuba dejó y deja mucho que desear. Hoy mismo, según algunos datos que debo confirmar, el 92 por ciento de los estudiantes universitarios en Cuba es de lo que aquí llamamos raza blanca”.

Y más adelante:

“Pero, asunto serio: la criminalización y desmoralización intelectual de un fragmento básico de nuestra identidad es el primer paso para la legitimación futura de un proyecto de nación racista, que ya está en marcha en algunas capitales y en muchas ciudades, incluyendo La Habana, y para la convalidación de la discriminación penal y policíaca que hoy sufre el negro en Cuba. Y asunto grave: en un país donde sus mayorías, según datos del Banco Interamericano de Desarrollo, están constituidas por lo que mal denominan afrolatinos, semejante retorno intelectual a la matriz puede resultar peligroso”.

Así, la discriminación racial en la esfera de la cultura permea todos los segmentos y niveles, agravándose, si cabe, en uno tan abarcador como el de la televisión. Se trata del medio por antonomasia que debería reflejar la realidad cubana, reproduciendo las claves de la calle, de la vida real en su consistencia real. Sucede todo lo contrario: nulo protagonismo negro, abundancia de clichés y estereotipos en los que subyace un racismo latente, desatención de la problemática discriminatoria. La ofensiva mediática que equipara a negros y blancos tiene en la televi-

sión a uno de sus principales canales divulgativos, ciertamente, pero ello no significa que en consecuencia la representatividad negra alcance proporciones razonables. El negro continúa padeciendo una exclusión y una subestimación sistemáticas en los medios de difusión masiva que, en términos de protagonismo, lastra su desempeño social y político; incluso las llamadas religiones afrocubanas son ridiculizadas y/o ninguneadas desde estos medios. Como agrega Francisco León en el ya citado ensayo, “las autoridades religiosas sincretistas esperan el día en que puedan tener reconocimientos públicos como los mostrados por el régimen durante la visita del Papa o, en días pasados, la concentración de otros creyentes cristianos en la Plaza José Martí”.

Tras casi cinco décadas de revolución —si se acepta la denominación desde un punto de vista acumulativo— la realidad de la Cuba actual revela, con pelos y señales, el carácter esencialmente mediático del proyecto de equidad racial anunciado por el régimen de Fidel Castro. El negro devino símbolo mediático de una liberación a la postre artificial, o por lo menos inconclusa, porque estaba y está basada en una asimilación social e institucional inexistente. La preponderancia blanca a escala cultural y política no puede ser negada en la Cuba del tercer milenio, y ello a pesar de que durante medio siglo de totalitarismo la composición racial de la nación ha variado sustancialmente, inclinando la balanza hacia negros y mestizos.

Igualdad en lo mediático. En eso ha quedado el proyecto igualitario enarbolado por el castrismo.